

El caso de la Gracia

*Un periodista investiga evidencias
de vidas transformadas*

LEE
STROBEL

AUTOR DE MAYOR VENTAS DEL NEW YORK TIMES



Contenido

PREFACIO	9
INTRODUCCIÓN: La búsqueda de la gracia	13
CAPÍTULO 1: El error	17
CAPÍTULO 2: La huérfana	23
CAPÍTULO 3: El adicto	49
CAPÍTULO 4: El profesor	69
CAPÍTULO 5: El ejecutor	97
CAPÍTULO 6: El desamparado	115
CAPÍTULO 7: El pastor	133
CAPÍTULO 8: El pródigo	155
CAPÍTULO 9: Manos vacías	177
EPÍLOGO: Gracia retenida, gracia extendida	187
Guía para la discusión	193
APÉNDICE: Lo que la Biblia dice acerca de la gracia	231
Libros de ayuda sobre la gracia	241
Conozca a Lee Strobel	243
Agradecimientos	247
Notas	249



EL CASO DE LA
gracia



CAPÍTULO 1

El error

Algún día lo entenderás

El psicoanálisis [...] está demostrando diariamente cómo los jóvenes pierden su fe religiosa tan pronto como se destruye la autoridad de los padres.

Sigmund Freud¹

No fue sino hasta que estuvo en su lecho de muerte que mi madre confirmó lo que años de terapia le habían sugerido sobre mí: que yo había sido un error, al menos a los ojos de mi papá.

Mis padres comenzaron con tres hijos —primero una niña y luego dos varoncitos— y mi papá asumió de lleno la paternidad: entrenó a sus hijos en la liga de béisbol, dirigió una tropa de niños exploradores, fue líder voluntario en la secundaria, viajó con la familia de vacaciones, y asistió a reuniones gimnásticas y graduaciones.

Y entonces, después de un largo intervalo de tiempo, llegó la noticia inesperada de que mi madre estaba embarazada de mí.

—Tu padre... bueno... digamos que se sorprendió —me dijo mi mamá en los días cuando su salud declinaba y pasábamos horas conversando mientras ella permanecía en cama víctima del cáncer.

Nunca antes habíamos hablado de esto, pero ahora estábamos en medio de charlas maravillosamente francas sobre la historia de nuestra familia, y yo quería aprovechar la oportunidad para obtener algunas respuestas.

—¿Se sorprendió? ¿Cómo?

Mi madre hizo una pausa antes de contestar.

—No en el buen sentido —me explicó con una mirada compasiva.

—¿Cómo estaba? ¿Enojado?

—No diría que estaba *enojado*. Frustrado, quizás. Perturbado por las circunstancias. Eso no estaba en sus planes. Sin embargo, luego le sugerí que tuviéramos otro bebé para que fuera tu compañero de juegos.

Y así nació mi hermana menor.

Para mí, todo esto tenía sentido. Años antes, cuando le hablé a mi terapeuta sobre la relación con mi padre —la distancia emocional, la falta de compromiso, los enfrentamientos constantes que teníamos y las explosiones de ira— me dijo que mi inconveniente llegada a la familia había interrumpido los planes que mi papá tenía para su futuro.

Al parecer, mi papá había logrado un respiro después de criar a mis tres hermanos mayores. Le estaba yendo bastante bien financieramente, y estoy seguro de que quería viajar y disfrutar de una mayor libertad. Ahora mi madre al fin lo confirmaba.

Nuestra familia vivía en un barrio de clase media alta en el noroeste de Chicago. Mi padre había trabajado duro para levantar su negocio y proveernos todo lo que materialmente necesitábamos y más. Era un esposo fiel, bien considerado en la comunidad, y un amigo comprometido con los demás.

Aun así, mi relación con él fue siempre fría. Tal vez yo necesitaba más atención que mis hermanos. No lo sé. Sin embargo, para cuando llegué ya no había niños exploradores, nadie me animó en mis juegos de la liga de menores de béisbol, ni nadie asistió a mis competencias de oratoria o mis graduaciones. No recuerdo que hayamos tenido aunque sea una sola conversación seria. Nunca escuché de él las palabras que más necesitaba.

Con el tiempo, supuse que la única manera de ganarme su atención era a través de los triunfos que alcanzara. Así que me esforcé por obtener las mejores calificaciones, me eligieron como presidente

de mi colegio, fui editor del boletín estudiantil, e incluso escribí una columna en el periódico de la comunidad. No obstante, nada de eso lo satisfizo. No recuerdo que me haya dicho una sola palabra de felicitación o afecto. Ni una sola.

Mis padres eran miembros de una iglesia luterana. Como abogado, mi papá formaba parte de la junta directiva a fin de ofrecer asesoría jurídica gratuita, a pesar de que las mañanas de los domingos prefería pasarlas en el campo de golf en lugar de ir a la iglesia.

Recuerdo una ocasión cuando era chico en que toda la familia fue a la iglesia junta. Después del servicio mi papá nos llevó a casa... pero se olvidó de mí. Todavía recuerdo la angustia que sentí mientras recorría frenéticamente todos los rincones de la iglesia buscando a mi padre en vano, con el corazón latiendo fuerte.

Por supuesto, este fue un error involuntario de su parte, pero resultó difícil para mí no verlo como algo simbólico de la forma en que se estaba desarrollando nuestra relación.

Padres y fe

Una noche cuando tendría unos doce años, mi padre y yo tuvimos un disgusto por algo. Me fui a mi cuarto sintiéndome avergonzado y culpable, y me prometí comportarme mejor, ser más obediente y esforzarme para lograr que mi padre me aceptara. No recuerdo los detalles de lo que causó el problema, pero de lo que ocurrió luego tengo una imagen nítida aun cincuenta años después.

Soñé que estaba en la cocina preparándome un sándwich cuando se me apareció de repente un ángel luminoso y comenzó a contarme sobre lo maravilloso y glorioso que es el cielo. Lo escuché por un rato y luego le dije como dándolo por seguro:

—Yo voy a ir allí.

Con esto quería decir, por supuesto, al final de mi vida. Sin embargo, la respuesta del ángel me confundió.

—¿Cómo lo sabes? —dijo.

¿Que cómo lo sé? ¿Qué clase de pregunta es esa?

—Bueno, he tratado de ser un buen chico —contesté balbuceando—. He tratado de hacer todo lo que mi padre dice. He tratado de portarme bien. He ido a la iglesia.

—Eso no tiene importancia —aseguró el ángel.

Me quedé estupefacto. ¿Cómo podía *no* tener importancia que me esforzara para ser responsable y obediente, para vivir según las demandas de mis padres y profesores? El pánico se apoderó de mí. Las palabras no salían de mi boca.

El ángel dejó que la ansiedad me consumiera por un momento. Luego dijo:

—Algún día lo entenderás.

En ese mismo instante se desvaneció... y yo desperté sudando. Este es el único sueño que recuerdo de mi infancia. A través de los años, de vez en cuando volví a recordarlo, pero siempre traté de sacarlo de mi mente diciéndome que solo había sido un sueño.

A medida que fui creciendo, me confundí más con respecto a los asuntos espirituales. En mis años de adolescente, mis padres insistían en que asistiera a las clases de confirmación en la iglesia. «Pero no estoy seguro de que crea en esas cosas», le dije en una ocasión a mi padre. Su respuesta fue lacónica: «Ve. Allí puedes hacer preguntas».

Las clases estaban organizadas en torno a la memorización del catecismo. Las preguntas eran toleradas de mala gana y se respondían de una forma superficial. La verdad es que salía con más dudas que cuando entraba. Soporté el proceso porque cuando al fin me confirmara, la decisión sobre si seguiría o no asistiendo a la iglesia sería exclusivamente mía. Y ya conocía la respuesta.

Por ese entonces no era consciente de que la relación de un joven con su padre puede determinar en gran medida su actitud hacia Dios. Ni que muchos ateos a través de la historia —incluyendo a Friedrich Nietzsche, David Hume, Bertrand Russell, Jean-Paul Sartre, Albert

Camus, Arthur Schopenhauer, Ludwig Feuerbach, Baron d'Holbach, Voltaire, H. G. Wells, Madalyn Murray O'Hair y otros— se habían sentido abandonados o profundamente decepcionados con sus padres, lo cual hizo que estuvieran poco o nada interesados en saber de un Padre celestial.²

Yo vi esto ilustrado más tarde en la vida cuando hice amistad con Josh McDowell, cuyo padre era un alcohólico violento. «Crecí creyendo que los padres están para causarle a uno daño», dijo Josh. «La gente me decía que hay un Padre celestial que nos ama. Eso no me traía la más mínima alegría, sino pena, porque no podía discernir la diferencia entre un Padre celestial y un padre terrenal». Josh llegó a ser reconocido como alguien que se describía a sí mismo como un «incrédulo insoportable» hasta que su investigación del cristianismo lo convenció de que era verdad.³

Al crecer, yo solo sabía que a la vez que las dudas aumentaban dentro de mí y mis profesores insistían en que la ciencia ha eclipsado la necesidad de Dios, estaba siendo empujado indefectiblemente hacia el escepticismo. Algo se había perdido —en mi familia y en mi alma— que creaba una necesidad torturante que en aquel momento no podía describir.

Años más tarde me encontraba conduciendo por la autopista noroeste en Palatine, Illinois —aun recuerdo el lugar exacto, la hora del día, el calor del sol— cuando sintonicé la radio del carro y escuché algo que llenó mis ojos de lágrimas.

No lo entendí todo, pero era algo sobre los padres y la fe y Dios y la esperanza. La voz pertenecía a alguien que había nacido por el mismo tiempo que yo, sin embargo, en su asombroso horror y brutalidad, su vida se encontraba en el polo opuesto a la mía. Aun así, se produjo una conexión inmediata, un puente entre nosotros.

Le seguí el rastro. Tuve que sentarme a escuchar su historia una y otra vez. Tuve que formularle todas mis preguntas. De alguna manera sabía que ella tenía en sus manos una pieza del rompecabezas de la gracia.

